Me llamo Eva

Mi lucha por ser mujer

Eva
Vildosola
@evacastt

alienta
EDITORIAL

Me llamo Eva

Mi lucha por ser mujer

EVA VILDOSOLA

alienta
EDITORIAL

© Eva Vildosola Leo, 2021
© de las fotografías: archivo personal de la autora

© Centro de Libros PAPF, SLU., 2021
Alienta es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-1344-089-7
Depósito legal: B. 11.709-2021
Primera edición: septiembre de 2021
Preimpresión: Realización Planeta
Impreso por BlackPrint CPI

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

1. Ser o no ser 11
2. El elefante dentro de la boa 23
3. A la intemperie 37
4. Es tripita de niña 55
5. De las redes a la vida 75
6. La hostia y su millón 93
7. Transfobia o miedo al rechazo 113
8. La cárcel de la etiqueta 129
9. *Mon ange gardien* 135
10. Flores de hielo 139

Epílogo 145

1

Ser o no ser

Ser, o no ser, ésa es la cuestión. ¿Cuál es más digna acción del ánimo, sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta u oponer los brazos a este torrente de calamidades y darles fin con atrevida resistencia? Morir es dormir. ¿No más? ¿Y por un sueño, diremos, las aflicciones se acabaron y los dolores sin número, patrimonio de nuestra débil naturaleza?... Éste es un término que deberíamos solicitar con ansia. Morir es dormir... y tal vez soñar. Sí, y ved aquí el grande obstáculo, porque el considerar qué sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando hayamos abandonado este despojo mortal, es razón harto poderosa para detenernos.

Hamlet, III acto, escena 1,
William Shakespeare

No recuerdo si fue un miércoles o un viernes, pero sí que había sido una semana de mierda. Sé que estábamos en octubre, porque hacía apenas unos días que acababa de cumplir catorce y, al día siguiente de mi cumpleaños, al salir de su casa, me había hecho a mí misma el regalo, uno de esos regalos que cuestan lo suyo porque, aunque lo tenía claro, la voluntad a veces flaquea y yo no podía permitirme flaquear. Había decidido no volver a verlo, pasara lo que pasara, nunca volvería a casa de mi padre.

Me hubiera gustado que las cosas fueran diferentes, pero, a fuerza de insistir, ya entonces había aprendido que algunas, no todas, no cambian: no le gusto, nunca le voy a gustar, y eso es todo. Con mi profe me pasaba algo parecido, siempre tuve la sensación de que me tenía manía, de que mi sola presencia le incomodaba. En su favor reconozco que con las notas era justa; aquel año yo no daba ni clavo y a veces contestaba mal, sí, como muchos otros compañeros, pero, por hache o, quizá, por llevar a diario esa base de maquillaje tan oscura de mi madre para taparme los granitos, viéndome ella como me veía, un chico, lo cierto es que conmigo en particular mucho *feeling* no tenía. Y yo con ella tampoco, claro. Esa mañana la había tenido tres horas seguidas, ciento ochenta largos minutos de tensión contenida. No sé muy bien cómo explicarlo, era un poco como el juego del ratón y el gato, pero en plan mal, porque no nos dábamos tregua, y las dos, cada cual por sus motivos, siempre acabábamos exhaustas. A veces, al

ver que se empeñaba en ignorarme, yo la perseguía levantando la mano hasta el hartazgo para hacerle una pregunta y ella me dejaba ahí, como un pasmarote con el brazo en alto, rehuyéndome la mirada y respondiendo siempre a cualquiera antes que a mí. Otras, en cambio, cuando me encerraba en mí misma tratando de pasar desapercibida, me sacaba de mi ratonera a maullido limpio. Detalles como dejarme siempre la última a la hora de salir al recreo sin darme la menor explicación corroboraban la antipatía que sentía por mí. «Ve a lavarte la cara, no sé dónde te crees que estás», me había soltado esa mañana, y eso hice. Mis compañeros, por su parte, tampoco ayudaban mucho: «Ay, te has maquillado, maricón», me decían, «eres una chica», y yo lo negaba, para qué explicarles que lo único que quería era verme bien, que sólo buscaba esconder los feos granos que a todos nos salen a esa edad, que la base se notaba un poco más de la cuenta porque mi madre tiene la tez más morena que la mía... Al final, por puro agotamiento, dejé de maquillarme, a la mierda los granos, y yo con ellos. Lo pienso a menudo, antes me insultaban por parecer una niña y ahora que por fin lo soy, me insultan por lo contrario. Paradojas.

Pero volviendo al día de marras, después de aquel tostón de clase, lo que sí que no me imaginaba es que alguien me fuera a esperar a la salida. Al grito de «¡Te vas a enterar, maricón!», unos cuantos chicos, no recuerdo el número, y tres chicas, todos de un curso superior al mío, y a los que, para mi sorpresa, ni siquiera conocía, me es-

peraban apostados junto a la verja de la entrada. No lo sabían, pero habían decidido terminar de rematarme. Y lo hicieron. Por suerte, apenas hube cruzado el umbral de la puerta que daba acceso al patio, antes siquiera de bajar las escaleras, pude oírlos a lo lejos y correr hacia la otra salida para ganar algo de tiempo; poco, porque, pese a que esto los obligaba a dar un buen rodeo, enseguida volví a tenerlos a mi espalda, a unos dos metros escasos, caminando a paso veloz y lanzándome todo tipo de insultos y amenazas durante todo el camino, así todo el rato hasta el mismo portal de mi casa; pulsar el timbre del telefonillo hasta casi fundirlo fue su siguiente y último pasatiempo. Todavía no me explico cómo, en mi estado, pude meter la llave en la cerradura.

Había conseguido entrar en casa, sí, pero el timbre no cesaba, piii, piii, piii, piii..., ellos seguían abajo, piii, piii, piiiiiiiiii, y yo, paralizada y aturdida con aquel pitido agudo taladrándome el cerebro, sólo podía llorar. Era un llanto histérico, de miedo, de angustia, de ¡basta! Distintos pensamientos bullían en mi cabeza urgiéndome a mover el culo. Mi madre estaba al caer, los vería en el portal, me encontraría llorando y entonces yo tendría que hablar. Además, tenía que darle un examen con una mala nota y temía una nueva bronca, y luego estaba la comida, que, como todos los días, me había dejado preparada en la nevera; tenía que comer y no pensaba comer nada. De hecho, la comida era lo último que me importaba desde hacía meses, ya comería más tarde, cuando tuviera hambre, o no. Tenía que tirarla sí

o sí antes de que llegara del trabajo, meterla en una bolsa de basura, bajarla al contenedor y subir corriendo a casa, como tantas otras veces. Pero ésta no. La tiré en la papelera de mi cuarto, llena ya de comida putrefacta que no podía tragar. No era por no engordar, aquel año había adelgazado mucho y no me gustaba nada verme tan flaca, era otra cosa… ansiedad, simplemente no me entraba, como cuando un filete duro se te hace bola. Recuerdo que, a veces, loca total, hasta llegué a tirarla por la ventana, sin importarme que los macarrones cayeran en picado a la terraza de la vecina del segundo. Mi madre siempre acababa enterándose, y yo, inevitablemente, también. Hoy, cuando pienso en esas cosas que hacía, en cómo me comportaba entonces, me da palo, la verdad, y pena. Pienso en la vecina, en qué pensaría de aquellas «burradas» que hacía; en mi madre y Rafa, mi padrastro, y comprendo lo hartos y preocupados que tenían que estar. La impotencia que debían de sentir al verme así. Llevaba demasiado tiempo amargada conmigo y amargaba sin querer a los demás. No sé, supongo que me jodía que fueran felices y yo no, que fueran, al menos eso me parecía a mí viéndolos desde fuera, libres.

El pitido cesó. Respiré. Fui al baño a lavarme la cara y, después de quitarme el uniforme y ponerme algo más cómodo, me puse a ver la tele en el salón: «Puff, un día más», me dije. Pero no, porque ese día, a diferencia de otros, como que estaba más cansada, más nerviosa… como agobiada. Lo digo porque, normalmente, cuando

me pasaban estas cosas, llegaba a casa, me ponía la tele y hacía como si nada, ya estaba acostumbrada, pero ese día, ni el móvil ni el programa de turno podían distraerme. Tenía la cabeza en otro lado, ida. A los pocos minutos, oí girar la llave, era mi madre. Como de costumbre, apagué la tele y me levanté para encerrarme en mi cuarto. No porque no quisiera verla, hablar con ella, ni nada de eso, era más bien como un acto reflejo, un mecanismo que, por mucho que me costara moverme, cada vez que oía el clic de la cerradura se activaba automáticamente en mi cerebro. Nos cruzamos en el pasillo, me dio un beso y, al no advertir nada distinto, empezó el cuestionario de rigor:

—¿Qué tal el cole?

—Bien.

—¿Has comido?

—Sí.

Aunque mi madre nunca fallaba en sus preguntas, siempre eran más o menos parecidas, reconozco que mis contestaciones tampoco variaban gran cosa: «sí», «no», «no sé» y «bien» eran mis cuatro respuestas estrella, las que utilizaba a diario para comunicarme, con ella y con los adultos en general, porque cualquier otra cosa me obligaba a explicarme y no podía. Jamás le decía «mal» si estaba mal, decía que bien y listo. Así había sido siempre desde los once años y así fue también aquel día. «Bajo un momento a la farmacia», me dijo al cabo de unos minutos tocando a mi puerta mientras yo moqueaba entre sollozos sobre el cojín amarillo de mi cama. «Vale.»

No sé el tiempo que estuve así, llorando con la cara hundida en el cojín, pero sí que al oírla salir y meterse en el ascensor, cuando al incorporarme vi el perfil de mi cara impregnado en la tela, grité como nunca en mi vida, sin nada ya que pudiera amortiguar mis gritos, ni siquiera yo. Tratando de calmarme, inspeccioné mi cuarto. Miré el mural de pared con el bosque verde horadado por un haz de luz que copaba el frente y el lateral de mi cama, y, luego, la papelera llena de comida, los libros que me gustaban ocultos entre otros tantos en las baldas, el baúl rosa con mis peluches y muñecas escondidos, el espejo de pie… Y me vi: un niño flaco y desgarbado, con granos en la cara y dos cicatrices en los brazos, el pelo corto, los hombros caídos y unos ojos tristes y llorosos. No era yo, ni podía ni quería ser él.

Como fuera de mí, en un ataque de rabia irrefrenable, aporreé el armario con todas mis fuerzas, lo abrí y empecé a rasgar una por una todas mis prendas de ropa. Camisetas, sudaderas, jerséis… todo hecho jirones volando por el aire en medio del caos. Mi reflejo en el espejo. Y sin pensar por una vez en mi familia ni en nadie, sólo en mí, en quien de verdad era, me senté en mi escritorio, cogí un boli y un papel, y escribí:

Mamá, Rafa, lo siento. No quiero seguir viviendo. Soy una chica. Para seguir viviendo así, prefiero no vivir.

Os quiero

Eva

Vestida de nuevo con el uniforme del colegio y el plumas rojo que había llevado esa mañana, después de dejar la nota que había escrito en un lugar visible del escritorio, fui a la cocina y abrí un armarito. Curiosamente, en lugar de un vaso, cogí mi taza favorita, la más grande, con la que siempre desayunaba cuando todavía no había dejado de desayunar, y la llené de agua, hasta arriba. Ahora que pienso en el tamaño de la taza y en cómo la elegí, no puedo evitar pensar que, de alguna manera, en mi fuero interno, ya sabía que iba a beber mucha agua. Luego abrí un cajón y saqué dos cajas de pastillas, las primeras que vi a mano, una de ibuprofeno y otra de paracetamol. Me llamó la atención la primera porque, aunque los de mi clase decían que lo tomaban cuando les dolía la cabeza, mi madre siempre me decía que ibuprofeno no, que no lo tomara, que era demasiado fuerte, y me pareció bien. Acto seguido, resuelta a descansar de una vez por todas, como tantas veces había visto hacer en las películas, me metí una en la boca y bebí. Empecé tomándolas de una en una: pastilla, sorbo, pastilla… pero, al cabo de un rato, al ver las que me quedaban, enseguida pasé a tomármelas de dos en dos. Y así continué de camino al salón con todo el arsenal: la taza en una mano y las pastillas en la otra. Me senté en el suelo, sobre la alfombra, y, apoyada en la mesa de centro, seguí tragándomelas como una autómata hasta que, a poco más de la mitad del segundo blíster, sentí náuseas y paré.

Convencida de que era algo automático, de que en

cualquier momento me harían efecto y caería redonda al suelo, ya sólo podía pensar en mi madre, en que no me encontrara ahí tirada a su vuelta, muerta. Lo dejé todo tal cual, la taza vacía sobre el tablero de cristal, y las cajas y el medio blíster con el resto de las pastillas en el estante inferior de la mesa. Como ya estaba con el abrigo puesto, tal vez por inercia, porque la música siempre me hacía sentir menos sola, lo único que acerté a coger de la leonera de mi habitación fue el móvil. Antes de metérmelo en el bolsillo, conecté el altavoz y me puse en bucle *Skinny love*, de Birdy, mi canción favorita de entonces, la banda sonora de mis noches cuando tenía ganas de llorar, seis de los siete días de la semana me dormía con ella, abrí la puerta y salí.

La canción me daba paz y, en esa ocasión, ahora que lo pienso, tal vez también valor, el que creí que no tenía para, llorando a lágrima viva, llamar al ascensor, esperar sin recular en el rellano, bajar al portal y poner un pie en la calle. Era casi de noche, había llovido y hacía frío, un frío de esos que se te mete en los huesos y por más que te muevas o te abrigues ahí se queda, helándote por dentro. No sabía adónde ir y, como vivía a las afueras, empecé a andar a buen paso, rápido, por el último tramo de lo que en mi pueblo llaman el paseo fluvial, un paseo arbolado que, siguiendo el cauce del río, recorre en línea recta tres municipios pegados —colindantes, me dicen que se dice—, los mismos que yo atravesé esa tarde como arrastrada por la corriente. Y conforme avanzaba como una zombi, pisando indi-

ferente las hojas mojadas y hundiendo los pies en los charcos que saltaban a mi paso, seguía con mi madre en la cabeza: «Cómo estará, qué va a sentir cuando se entere», pensaba. Aunque nunca he creído en Dios y, cuando en clase nos decían que había que dar gracias, yo sólo le echaba en cara lo fatal que lo había hecho conmigo, esa tarde, de manera inconsciente, dije: «Dios, que no me encuentren». «Que no me encuentren, por favor», repetía tiritando mientras caminaba con el viento en la cara, el rumor del agua de fondo y la voz de Birdy arropándome como una prenda más.

El tiempo es elástico, como de goma, lo comprobé después, y lo que en un momento dado te pueden parecer cinco horas son sólo diez minutos y al revés. No sé el tiempo que había pasado en realidad, pero cuando ya llevaba andando lo que a mí me parecía un siglo, con el móvil petado de llamadas que cortaba al primer tono, esperando que algo pasara y no pasaba, empecé a pensar que tal vez ya no iba a pasar. Y entré en pánico, porque ya lo había dicho, estaba escrito y sabía que ya, pasara lo que pasase, dijera lo que dijese, no había vuelta atrás. En ésas estaba cuando a la mitad del segundo pueblo empecé a encontrarme mal. Mareada, torpe, confusa... Aterrada, avancé a trompicones unos metros, como haciendo eses, pero sin llegar a caerme, los justos para cruzarlo del todo y dejarlo atrás, hasta que a la altura de uno de los polígonos del extrarradio del tercero ya no pude más. «Por fin, se acaba», pensé, «les hago un favor a to-

dos», y me senté a esperar en el pretil del puente de piedra del paseo fluvial.

«¡Cómo cojones sigo viva!», me decía incrédula mirando la fuerza del agua con un torrente en los ojos. Ese mes había llovido mucho y el agua corría con una fuerza arrolladora, estrepitosa, brutal, tanto que apenas oía ya la voz de Birdy, y canté la estrofa con ella: «*Cut out all the ropes and let me fall my my my my my my my my my...*». «Me tiro y ya está», pensé inclinándome hacia delante. Y algo pasó de repente que me frenó en seco, algo que me cuesta explicar porque ni yo misma lo sé. Puede que fuera ese instinto animal que nos mantiene vivos, o tal vez la imagen que había irrumpido en mi cabeza como un huracán al contemplar el río más de cerca: era yo a merced de la corriente, exhausta, tratando de aferrarme a una roca. Y entonces lo comprendí: llevaba un buen rato a la deriva, demasiado, y mi roca... la tenía en el bolsillo. «Tiene que haber otra opción. Si vuelve a sonar, lo cojo», me dije. Riiiiing.

—¿Sí?

—¿Eres tú, chaval? Tranquilo. ¿Dónde estás? ¿Estás bien?